

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 66, 10-14c): *Alegraos de su alegría.*

Salmo (65, 1-3a, 4-5, 16 y 20): *«Aclamad al Señor, tierra entera»*

2ª lectura (Gálatas 6, 14-18): *Dios me libre de gloriarme.*

Evangelio (Lucas 10, 1-12, 17-20): *Lamies es abundante y los obreros pocos.*

Jesús, ungido con el Espíritu Santo para anunciar la Buena Nueva, tan pronto como comienza su misión empieza a llamar a discípulos. ¿Qué necesidad tenía él de colaboradores? Y si quería alguna forma de ayuda, ¿por qué buscar gente tan poco preparada, humanamente, para la tarea? ¿Por qué no dedicarles más años a un entrenamiento más serio y a un aprendizaje más profundo? ¿Por qué no, mejor, hacerlo él solo? Los datos son unánimes. Desde el principio de su misión, llamó a discípulos, escogió a los Doce e invitó a otros a que le acompañaran más o menos permanentemente. Lucas nos recuerda hoy, que *«designó a otros setenta y dos discípulos y los mandó por delante»*. Y nos narra los inicios de la aventura evangelizadora de aquellos primeros misioneros. Son muchas las cosas que nosotros discípulos misioneros del siglo XXI, podemos aprender de un pasaje que, a primera vista, parece tan sencillo.

Jesús confiere a los suyos una nueva identidad. El cambio de nombre de Simón a Pedro, el nuevo oficio a los pescadores y cobradores de impuestos, así como la nueva vida a los pecadores... son expresiones de la nueva vida del discípulo. La nueva identidad es participar del proyecto de amor de Dios al mundo y ser testigo de la buena nueva del Señor. Nosotros también somos enviados a anunciar el Evangelio y a mostrarlo con nuestra vida, nuestros sentimientos, y nuestras acciones. El discípulo siempre sigue los pasos del Maestro. La Iglesia entera continúa la misión de Jesús, es su razón de ser.

La auténtica seguridad del seguidor de Cristo es el mismo Dios. En ocasiones nosotros, nuestras comunidades cristianas (y hasta la misma Iglesia) estamos tentados de pensar que las influencias, los bienes o la historia garantizan la misión. Nada más lejos de la realidad. El único garante es el mismo que nos envía y que ha dado su vida por nosotros: Jesucristo. Él envía su Espíritu que nos fortalece. Cuando ponemos la confianza en nuestras fuerzas nos alejamos del Señor. Solo Él es quien puede, por medio de nosotros, contagiar su mensaje en la vida de las personas hoy.

El amplio grupo de los setenta y dos vuelven felices expresando que *«hasta los demonios se nos sometían»*. Su triunfo es en el nombre del Señor. Esa es la medida del éxito. ¿Vivimos y actuamos en el nombre del Señor? La acción eclesial y el compromiso del cristiano están siempre referidos a Jesucristo. Solo así puede ser fecunda la misión de la Iglesia. Hoy dudamos del éxito de nuestra acción misionera. Nos fijamos mucho en los números, pero el Evangelio nos recuerda que la ganancia es el encuentro con el Señor. El motivo de alegría es que nuestros nombres estén *«escritos en el cielo»*, y que, en todo momento, vivamos y actuemos *«en el Señor»*.

La Iglesia realiza la misión que Jesús le encargó y todo en ella busca el anuncio del Evangelio. Los cristianos estamos llamados a ser *“discípulos misioneros”* que, en comunión con otros, mostremos a Jesucristo hoy. El primer paso es el encuentro con el Señor, pero es imprescindible nuestra confianza en Él. La oración para que no falten *«obreros»* en esta gran tarea de contagiar el Evangelio empieza por pedir fuerza, ilusión y alegría para quienes ya estamos enrolados con esta misión y continúa con nuestro compromiso de convocar a otros para que, puestos los ojos en el Señor, sean testigos del Evangelio en toda situación.

El evangelizador no se autoenvía. Es elegido y enviado por Jesús. No se trata de una falta de iniciativa, que buena falta le hará en el desempeño de su misión; se trata del reconocimiento de su calidad de colaborador en una misión que le rebasa completamente. Su libertad es respetada, pero la elección para la misión la hace el Señor. Pablo es el discípulo misionero a quien mejor conocemos en la Iglesia primitiva. Pero, por otro lado, no es sino un distinguido eslabón de una cadena que parte del mismo Jesús, el enviado del Padre, y que se extiende a través de hombres y mujeres que, a lo largo de la historia y, alentados por el mismo Espíritu, en las distintas épocas de la Iglesia hemos sido invitados a participar en su misión.

El evangelizador no va solo. Ante todo, va en *“nombre de Jesús”*. Pero, además, es enviado en pequeña comunidad, *«de dos en dos»*. ¡Parece que a la Santísima Trinidad no le gustan los individuos solitarios! En comunidad no hay espacio para protagonismos estériles; hay Iglesia; hay imagen de Dios-Trinidad. El trabajo puede parecer abrumador, pero el evangelizador no olvida que es solamente un colaborador de Dios en su obra; por eso no piensa en dobles turnos o en horas extras, sino en rogar al Señor de la mies que envíe más trabajadores a sus campos. Al evangelizador le toca hacer su parte, hacerla bien, muy bien, pero no es el dueño de la mies.

Además, el evangelizador, en su misión, debe ser consciente de que los demás tienen libertad para acoger o no su mensaje, por lo cual no se desanima ante el rechazo, sino que aprende a dejar atrás las experiencias amargas, *«sacude el polvo de sus pies»* y continúa anunciando el gozo del Reino de Dios que llega ya.